

MANUEL BELGRANO: UN HOMBRE DE PENSAMIENTO Y DE ACCIÓN

Guillermo A. Oyarzábal

El lugar que tiene Manuel Belgrano en la historia de nuestro país no se debe a una coincidencia del destino. El abogado de Salamanca y amante de la economía, cuyos estudios abordó como autodidacta, lo señalaron desde sus primeros años como uno de los representantes más lúcidos de su generación. La influencia de Campomanes, Jovellanos, Quesnay y Adam Smith, entre otros célebres pensadores de su tiempo, forjaron en su espíritu el modelo de un programa de vanguardia que, sostenido en la importancia de la educación, debía orientarse hacia las ciencias útiles, el trabajo de la tierra y el fomento de la industria: «Al encontrar hombres amantes del bien público que me manifestasen sus ideas –señalaría en su autobiografía– se apoderó de mí el deseo de propender en cuanto pudiese al provecho general».

Desde la secretaría del Consulado de Buenos Aires, cuyo cargo ejerció a partir de 1794, cuando apenas contaba con 23 años, pudo advertir lo mucho que había por hacer para mejorar los recursos virreinales, abandonados por entonces a la gestión sin compromiso de los funcionarios de la Corona. Desde su cargo, y durante más de quince años de trabajo, elaboró un programa totalizador, que contemplaba reformas para la agricultura, el comercio, la industria, la navegación y las comunicaciones. Como consecuencia y por su impronta, fueron promovidos nuevos métodos de explotación agrícola, y se introdujeron originales especies vegetales en el Río de la Plata. De esta manera y desde su propia experiencia, fue observando la necesidad de cambios cada vez más profundos y percibió lo distante que estaba la administración peninsular de comprender la realidad americana en sus posibilidades y necesidades.

La creación de la Escuela de Náutica en 1799, junto con otras iniciativas de orden educativo, su apoyo en la aparición del telégrafo mercantil en 1801 y del Semanario de Agricultura, Industria y Comercio en 1806 fueron pequeños grandes logros definidos en la ambiciosa idea de progreso que colmaba sus expectativas. Antes de la Revolución de Mayo, Belgrano se mostraba ya como un auténtico defensor de las libertades civiles y, con la idea de libre comercio que había adoptado de los pensadores de la fisiocracia europea, enfrentaba las escuelas más conservadoras, que todavía bregaban por sostener el anquilosado y tradicional sistema proteccionista. La turbulencia política que precedió la Revolución lo tuvo como uno de los principales protagonistas, y su voz fue escuchada entre las que clamaban por una efectiva participación política en las decisiones de Estado que, sostenida por el principio de libertad, crecía en el microclima porteño y se proyectaba hacia las demás provincias.

Al desencadenarse el proceso revolucionario, el reconocido intelectual, cuyo pensamiento había inspirado sugestivas vertientes de cambio, especialmente en lo social y lo económico, se abrió paso en un camino de vastos horizontes. No imaginaba entonces que la crisis lo conduciría por senderos antes impensados. La escasa pero, sin

El Capitán de Navío de la Armada Argentina Guillermo Andrés Oyarzábal es Oficial de Estado Mayor, licenciado, profesor y doctor en Historia. Egresó de la Escuela Naval Militar en el año 1979.

En 1983 obtuvo la especialización Artillería en la Escuela de Oficiales de la Armada, y en 1998 cursó la Escuela de Guerra Naval.

Recibió las medallas del Congreso de la Nación Argentina y de la Armada Argentina a los combatientes de Malvinas y las Palmas Sanmartinianas por su labor académica. Es miembro de Número de la Academia Nacional de la Historia, de la Academia Nacional Sanmartiniana, del Instituto Nacional Browniano y del Instituto de Historia Militar Argentino.

Autor de los libros *Argentina hacia el Sur. La utopía del primer puerto militar* (Instituto Nacional Browniano, 1999, e IPN 2002); *Los Marineros de la Generación del Ochenta - Evolución y consolidación del poder naval de la Argentina* (IPN, 2003 y Editorial EMECE, 2005), *Guillermo Brown* (Librería Histórica, 2006), traducido al inglés con el título *William Brown. An Irish seaman in the River Plate* (2008); *La Tempestad. Naufragio de la cazatorperdera Rosales y proceso a los sobrevivientes 1892-1894* (IPN 2013), y de los capítulos sobre las Fuerzas Armadas y el Mar Argentino en la colección de la "Nueva Historia de la Nación Argentina", de la Academia Nacional de la Historia (Planeta 1999-2003).

Actualmente se desempeña como miembro asesor del comité de doctorado y profesor titular en las cátedras de Historia Argentina en las carreras de Historia, Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Católica Argentina. Es Director de la revista *Temas de Historia Argentina y Americana* y Jefe del Departamento Investigación de la Escuela de Guerra Naval.

**No busco glorias
sino la unión de los
americanos y la
prosperidad de la Patria.**



La agricultura es la madre fecunda que proporciona todas las materias primeras que dan movimiento a las artes y al comercio.

duda, responsable experiencia adquirida en el Regimiento de Patricios durante las invasiones inglesas había convertido al abogado en militar, y sus conocimientos ligados a la causa lo señalaban como el hombre adecuado para difundir las ideas revolucionarias al mando de uno de sus ejércitos. Durante la expedición al Paraguay, cuyo comando le fue asignado, y en la ruta del litoral, fundó los pueblos de Mandisoví y Curuzú Cuatía, y logró, tras el fracaso de las armas, un acuerdo con aquella provincia que aisló del conflicto. Luego de la campaña y con el grado de coronel, asumió el comando de Patricios y, destinado en Rosario, advirtió la necesidad de contar con un distintivo que en combate los distinguiera del enemigo. Como resultado, creó la escarapela y, no conforme con ello, la Bandera Nacional. Días después, el 27 de febrero de 1812, hizo instalar en las barrancas del Paraná dos baterías de artillería que llamó Libertad e Independencia, donde por primera vez izó el pabellón de la Patria.

Inmediatamente después de su misión en Rosario y asegurada la defensa del litoral, fue designado comandante del Ejército Auxiliar del Alto Perú. La empresa, que tenía como objetivo el control de la región, se encontró con dificultades muy superiores a las esperadas. Las fuerzas realistas, que proyectaban desde Perú todo el esfuerzo bélico sobre las Provincias Unidas, no daban tregua y avanzaban peligrosamente sobre el norte del país. Había que asumir los efectos de una realidad asoladora, y solo el espíritu que pudo insuflar Belgrano en los pobladores de Jujuy supo llamarlos a abandonar la ciudad para negar recursos al enemigo. Hoy, el éxodo jujeño es recordado como una de las más grandes epopeyas de la revolución.

Tras las victorias de Tucumán y Salta, el camino quedó otra vez despejado para avanzar sobre el Alto Perú. En Potosí, logró el apoyo de los pueblos indígenas, que no habían ganado los ejércitos libertadores anteriores, y asumió un compromiso con ellos: proveyó al territorio de una nueva organización basada en la integración de los habitantes. Aunque la empresa terminó con el Ejército derrotado (batallas de Vilcapugio y Ayohuma), se consolidó en el espíritu de Belgrano una visión distinta sobre el protagonismo de las poblaciones indígenas y su concurrencia en la identidad nacional.

Al ser relevado por el General José de San Martín en enero de 1814, Belgrano alternó las funciones militares con las diplomáticas. Y junto a Bernardino Rivadavia, marchó a Europa para lograr el reconocimiento de los principios revolucionarios por las potencias europeas. Durante su misión, ensombrecida por el retorno de Fernando VII al poder, intentó un acercamiento con España que, sin renunciar a los objetivos fundamentales, disminuyera el dolor que para todos provocaba la guerra.

De vuelta en el país a principios de 1816 y al mando del Ejército de Observación en el litoral, logró la firma de un armisticio con los caudillos opositores al gobierno central y, en mayo, el Director Supremo Juan Martín de Pueyrredón le encomendó por segunda vez la conducción del Ejército del Norte, con asiento en Tucumán. La decisión había sido impulsada francamente por el propio San Martín quien, al respecto, escribía al Directorio: «... yo me decido por Belgrano; este es el más metódico de lo que conozco en nuestra América lleno de integridad y talento natural: no tendrá los conocimientos de un Moreau o de un Bonaparte en un punto a milicias, pero créame que es lo mejor que tenemos en la América del Sur».

En julio de 1816, expuso sus ideas ante los congresales que votaron la Independencia y tuvo un papel relevante en el debate para dirimir la forma de gobierno y la futura organización del país. Tras el consenso por la instauración de una monarquía para el Río de la Plata, en la sesión secreta del 6 de julio de 1816, defendió la institución de un monarca de la casa de los Incas con capital en Cuzco asegurando que, de esta manera, se lograría la adhesión de las provincias del norte y altoperuanas. Aunque la propuesta originariamente fue recibida con simpatía, en pocos días lograron imponerse sus opositores. Con el tiempo, el único mérito del Congreso fue la declaración de la Independencia, mientras los demás proyectos se desdibujaban en un territorio cada vez más dividido y signado por las guerras civiles. Belgrano

había sido un actor activo en este proceso alimentando el debate con una visión conciliadora y la idea de un país que en unidad pudiera estar a la altura de los tiempos. Por este camino, había influido en la ansiada declaración del 9 de julio de 1816 y en la malograda Constitución de 1819.

En coincidencia, y desde que el Plan Continental concebido por San Martín proyectaba el esfuerzo de guerra desde Chile y por mar sobre el Perú, su Ejército se anquilosaba en Tucumán sin objetivos concretos. La Argentina, que había logrado erradicar el conflicto del propio territorio, aceptaba resignada la inevitable separación del Alto Perú, al tiempo que el imperio portugués ganaba la Banda Oriental ante la mirada impasible del gobierno. Hacia 1820, las guerras civiles ocupaban toda la atención, y los caudillos del litoral avanzaban sobre Buenos Aires para sellar el destino del régimen con la caída del Directorio y la disolución del Congreso.

Como resultado, las Provincias Unidas del Río de la Plata habían desaparecido bajo el sino de la guerra civil. La unidad que había primado en los territorios rioplatenses desde 1810 y por la que Belgrano ofreció su vida claudicaba en medio de luchas internas y las ambiciones de inesperados caudillos que bregaban por materializar sus intereses. Belgrano, quien por sus dolencias se había alejado de la actividad pública declinando el mando del Ejército, pasaría sus últimos meses de vida en Buenos Aires, silencioso y abatido espectador de la anarquía que vivía el país. Allí, quizá con la sensación de que todo aquello por lo que había luchado desaparecía y envuelto en la mayor austeridad, murió a los 50 años, el 20 de junio de 1820.

Cuando, después de la organización, Bartolomé Mitre y su generación comprendieron la necesidad de imponer figuras que sin discusión reflejaran la identidad nacional, encontraron en el firmamento un núcleo consistente de grandes hombres, pero muy pocos de incuestionable raigambre. La Patria necesitaba referentes que conciliaran pensamiento y acción, con una labor probadamente desinteresada y ajena por convicción a las diferencias entre facciones. Mitre eligió, entonces, a los Generales José de San Martín y Manuel Belgrano, y sobre la base de sus figuras, creó las más monumentales obras de la historia nacional. La primera de ellas, *La Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, se centra en el edil de mayo para recorrer, sobre la trayectoria de su figura, los sucesos más significativos del proceso.

Manuel Belgrano, quien forjó su carácter en el convulsionado mundo de fines del siglo XVIII, supo interpretar cabalmente la crisis que desde Europa terminó por transformar el mundo americano. En la interacción de los ideales que alimentaron su espíritu, eligió la libertad, y en ese derrotero consagró su vida. Por la obra y el sacrificio de su acción, la magnitud de su figura enfrenta la realidad presente con el pasado y reivindica, en la memoria del hombre de hoy, valores y conceptos principales: amor a la Patria, respeto por la autoridad, coraje, espíritu de sacrificio y honestidad. ■



**Método,
no desorden;
disciplina,
no caos; constancia
no improvisación;
firmeza,
no blandura;
magnanimidad no
condescendencia.**